

Capítulo 4: Esa noche que no se repite

El clima cambió al día siguiente. El cielo ya no estaba gris, pero tampoco despejado. Era ese tipo de día que no promete nada, pero igual acompaña. Emi lo recibió en el lobby con una bufanda delgada y una carpeta más liviana que otras veces.

—¿Te gustaría cenar conmigo esta noche? —preguntó al final del recorrido por el barrio de Yanaka, donde los templos pequeños se escondían entre casas y gatos callejeros.

Mateo no supo qué responder de inmediato. Ella lo notó.

—Solo si quieres —dijo—. Nada formal. Hay un sitio que me gusta mucho, pequeño, tranquilo... no turístico.

—Claro —dijo él al fin—. Me gustaría.

Esa noche, se encontraron en una esquina poco iluminada de una calle secundaria. Emi no traía uniforme, ni carpeta. Vestía una blusa sencilla, suelta, y una falda que se movía apenas con el viento. Mateo se dio cuenta de que no sabía cuántos años tenía. Y tampoco importaba.

El restaurante era pequeño, con seis mesas apenas. Luz tenue, paredes de madera oscura. El menú estaba en japonés, pero Emi pidió por los dos con naturalidad. No hablaban mucho. La comida llegaba en platos pequeños, uno a uno, y entre bocado y bocado había pausas largas que no pesaban.

—¿Siempre eres así? —preguntó él de repente.

—¿Así cómo?

—Tan... tranquila. Como si todo te resbalara.

Ella sonrió, pero no era burla.

—No todo. Pero aprendí que si uno aprieta mucho las cosas, se rompen más fácil.

Mateo bajó la mirada. Jugó con un trozo de servilleta entre los dedos.

—Yo soy todo lo contrario. Lo guardo todo hasta que explota.

—Tal vez por eso estamos aquí los dos —dijo ella, sin buscar consolarlo—. Porque ninguno supo qué hacer con lo que sintió.

Después de la cena, caminaron sin rumbo fijo. El aire era frío, pero no incómodo. Las luces tenues de los faroles hacían que todo se sintiera más lejos, más ajeno al mundo real. Cruzaron un puente angosto. El agua corría bajo ellos con lentitud. Emi se detuvo.

—A veces pienso que hay personas que uno no debe encontrar —dijo de pronto.

Mateo la miró.

—¿Y qué pasa si las encuentra?

Ella giró un poco la cabeza. Sus ojos no tenían tristeza, solo honestidad.

—Las guarda. Aunque no se queden.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue denso, como si el aire se llenara de algo que ninguno de los dos podía nombrar.

Mateo dio un paso hacia ella. No era impulso, ni deseo. Era algo más humano. Como si el cuerpo supiera lo que el alma todavía no aceptaba.

Ella no se movió.

Él levantó una mano y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja. Sus dedos rozaron apenas su mejilla. El mundo siguió igual, pero Mateo sintió que algo dentro se quebraba, no para doler, sino para soltar.

Se miraron un segundo más.

Y entonces, sin permiso ni apuro, se besaron.

No fue un beso largo, ni desesperado. Fue suave. Casi triste. Como si supieran que no habría otro.

Cuando se separaron, ella no dijo nada. Mateo tampoco.

Caminaron el resto del trayecto en silencio, uno al lado del otro, con las manos cerca, pero sin tocarse.

Al llegar al hotel, Emi lo miró por última vez antes de irse.

—Fue una noche bonita —dijo simplemente.

—Sí... lo fue.

Y esa fue la última vez que se vieron fuera de la rutina del tour.